

# *Ellos*

SANDRA CASTRILLÓN C.



LETRA X LETRA

Castrillón C., Sandra

Ellos / Sandra Castrillón C. -- Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2016.

114 p.; 21 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-356-1

I. Cuento colombiano. I.Tít. II. Serie

C863 cd 21 ed.

C355

Universidad EAFIT- Biblioteca Luis Echavarría Villegas

## *Ellos*

Primera edición: agosto de 2016

© Sandra Castrillón C.

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 49 No.7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: [fonedit@eafit.edu.co](mailto:fonedit@eafit.edu.co)

ISBN: 978-958-720-356-1

Editor: Felipe Restrepo David

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: Ramón Casas Carbó, (Barcelona, 1866-1932). Publicidad para papeles de cigarrillo Job – Detalle (1906)

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

# Contenido

Olor a pintura .....	7
Un ruido.....	15
El hombre ciprés .....	23
El hombre de la letra .....	27
Sol.....	41
Caramelo.....	47
El caballero .....	51
Lánguido .....	55

Avestruz .....	63
El bibliotecario y el libro .....	67
Rizos .....	73
Neutro .....	77
Rinoceronte .....	81
Un rey azul oscuro .....	87
Cara y sello .....	91
Vino y café .....	97
Guantes blancos.....	101
Un taxista .....	103
El lector.....	107
Corazón.....	109

*A los hombres maravillosos  
que viven y sienten y se la juegan junto a una mujer  
y no temen a ese paisaje suave y rocoso que somos*



## Olor a pintura

Tenía nueve años.

En su memoria, es esa niña sepia escabulléndose en algún centro.

Es una edad en la que está perdida. No es posible recordar con claros trazos cronológicos, sobre todo cuando regresa a ese tiempo donde se interna en el laberinto del que no tiene afán de salir. Cualquier vuelta, cualquier curva, sigue siendo el centro.

Puede verla ahora mismo, al otro lado del tiempo, a esta niña de nueve años.

Quiere creer que es ella, pues es la imagen en la que más se ahínca, respecto a la metamorfosis que ha presenciado. Está ahí, es esa niña de cabellos desordenados, ensortijados en las puntas. Es el cuerpo ligero de un ser humano que algún día podría despuntar en un prototipo físico más definido.

En ese tiempo, ella era una niña de nueve años dando vueltas a los muros de la casa, jugando a novelas en las que era un personaje principal.

Le gusta recordar el momento en el que supo de la desolación de apoyarse en el otro para ser feliz. Dice que le gusta porque ahora solo presencia detrás de las paredes a esa niña de ojos abiertos, que nada sabe de los encuentros del día a día. Ahora la ve: lleva una blusa rosa y se sostiene de la columna de la sala principal, se cuelga de un brazo, el resto del cuerpo casi cae al piso. Las puntas del cabello tocan el piso y así, en forma invertida, aparece el hombre de overol azul, con una gorra puesta de revés y brochas y latas de pinturas ensartadas en brazos y manos.

El rostro es el de un hombre impecable: pómulos lisos, ojos que se sostienen sin darse cuenta, pelo revuelto que por azar ha elegido el lugar perfecto para asentarse, largo cuerpo que hace manifiesta la longitud de las paredes infinitas.

Hay cosas que se le presentan a débiles líneas, es como un trozo de sueño roto en las puntas. El padre va a la puerta a recibirlo, le explica, gesticula con las facciones y con las manos que señalan las partes de la casa a medida que entran a las habitaciones, a los baños, a la biblioteca. Lo recibe, no lo deja hablar mucho, no recuerda una aproximación de timbre de voz por parte del pintor aquel día. Es la madre la que le lleva jugo de mandarina mientras su papá sigue dándole instrucciones y ella, quizá nueve años, a lo sumo, lo mira sin ningún reparo.

Se cansa de mirarlo, incluso tiene que descansar el ojo en otro lugar, nadie la ve y puede darse ese lujo, el de mirarlo y mirarlo. Nadie bajaría la mirada hasta los ojos de una niña de nueve años a ver qué es lo que ella mira. Pero esa niña ya se dio cuenta de que ese hombre, pese a ser pintor de brocha gorda, huele a lienzo acartonado donde apenas se



han destilado algunas gotas de vinilo azul. Buscará ese olor en todos los hombres que se encuentre en la vida.

Él tampoco la ha visto, va a descargar sus cosas, a un rincón del patio. Allí hay montoncitos de hojas moradas que se han ido cayendo de las macetas que su mamá ha colgado. Sus botas hacen crujir aquellas hojas ya secas que nadie recoge y con las que ella juega, aplastándolas de vez en cuando, entre las comidas, entre los juegos con las muñecas, entre las miradas prolongadas que le dedica.

Llega muy temprano a casa, al día siguiente, por la mañana, todavía envuelto en esa luz dubitativa del amanecer reciente. Su mamá lo recibe sin ceremonias, le abre la puerta mientras tiene a sus dos hijas pequeñas en el comedor, que hoy no tienen escuela, tomando chocolate, prestas a irse a ver caricaturas. Los mayores están en el colegio, y ella tiene cosas que hacer, sus manos siempre van insistentes al delantal en el que se limpian una y otra vez.

Están allí, en una casa grande, una casa blanca que se volverá azul en dos semanas, donde los muebles van y vienen según el pintor se mueva.

El pintor toma café entre una capa de pintura y otra.

Se chupa el dedo recostada a la pared. El pelo revuelto es un desastre. Se habrá caído chocolate a la camisa blanca. Andarán unas migas de pan en los puños. Habrá un dejamiento aún mayor en la mirada de nueve años, a esa hora, en que arrebatarse al sueño es tan dramático. Pero así es como la descubre, de pronto se da cuenta de que está en aquella casa, detrás del humo que su café caliente dilata, casi creando a una fantasmita despeinada. Desciende

hasta su cabeza y revuelca aún más las hebras ocres diciendo: “pero que niña tan linda y chupando dedo”. Experimenta por primera vez la vergüenza. La vergüenza que se parece tanto a estar enojada, pero con las manos atadas a voluntad.

Tiene nueve años y sin embargo aún anda buscando las pisadas de una bruja que ha cruzado, despabilada, una puerta. Nueve años, en los que, para su sobresalto, le parece encontrar una esperanza en el cuello tensado de ese hombre, que se esfuerza en sostener en equilibrio una brocha que recorre de perfil el marco de una puerta. Nueve años y no sabe si irse a jugar a las escondidas con la hermana pequeña, o ir a mirarlo, con las manos cruzadas a la espalda, lo más recta posible.

Cada vez que el pintor la encuentra, hace eso: alarga su mano (una mano que se sostiene sola en la intemperie del espacio, que da la impresión de venir sola, de la nada, sin más músculo que la proporción de mano que se deja ver, de dedos que se definen por la precisión de la carne. Una mano que casi a la altura del codo se esconde en un cúmulo de tela embrollada que son los puños de su camisa de pintor sucio) y la toca donde quiera que esa mano atina a caer. A veces repite la caricia de los cabellos, otras veces dibuja la cara, le hace un marco a la redondez de carne rosada donde se asombran los ojos.

El pintor pasa horas definiendo la proporción del color de una pared y cuando su mano cansada deja la brocha, casi se lleva el cuerpo que lo mira desde su cintura. Ya se está acostumbrando a esta presencia. Se ríe. Le gusta verla allí, le recibe la mitad de una galleta amarilla. Comprende el diálogo que establece con una muñeca y defiende al gato

que su madre espanta de la cocina ante la consternación de la pequeña.

Podría vivir para mirarlo, así, con sus nueve años de vida.

Un poco el paraíso, es este medio día, en el que se enamora de un hombre de veintitrés años que pinta su casa. Solo que a mitad de ese día, sus hermanos mayores llegan del colegio con sus uniformes y sus loncheras y sus alturas y sus libros gritando mapas y planas de letra cursiva.

El pintor la descubre apenas ella entra. No tarda nada en mirarla y quedarse allí, en la mirada que la hermana mayor le sostiene con todo el atrevimiento de sus trece años.

Hasta ahora, la niña de nueve años, no ha entendido nada.

Así que el almuerzo es la misma cantaleta de siempre: cuentos de peleas y de injusticias, de sacadas al tablero, de niñas que roban desayunos.

Pero el pintor no ha dejado de tenerlos en sus ojos. Todo se ha invertido, la escena en la que participa la niña llama su atención y no es necesario que ella se las arregle para tener de frente su rostro. La hermana ha eternizado un rubor que no desaparece de los pómulos y que irradian ese rosado a los cuadros del uniforme gris.

Se miran, a mitad del almuerzo la niña descubre las miradas de ambos y al comer las papas fritas un extraño sabor a nada se agrega a los bocados. Hay una levedad en ese sentimiento que no alcanza a asir. No sabe nada de una consternación como esa. Ni siquiera el postre podría sacarla

de la dubitación que no tiene vocales ni consonantes para ensayar una designación.

Se pasea, a mitad de la tarde, por su mirada, a ver si puede sondear los efectos del desastre acaecido. El pintor está preocupado en prolongar sus cafés, que suele tomar en la cocina, donde justo la hermana se sienta a hacer las tareas en las tardes. Mientras lo hace, puede ensayar a hablar con la madre, por disimular, pero la niña se da cuenta de su ojo que se escapa y se clava en el rostro angelical de la hermana, que levanta de vez en cuando la mirada, pero que la deja caer al instante por el peso del carmesí.

Ella cree recordar que se acercó a ofrecerle dos pastas de chocolate y que él las recibió, sin mayor interés y las guardó en el sucio bolsillo del pantalón de dril. Cree que le enseñó su juego de lotería nuevo, pero a duras penas le echó un vistazo.

No tarda mucho en caer vencida. Solo tiene nueve años. Teme demasiado a los fantasmas con rostros de duendes, como para saber qué hacer con ese dolor que de pronto dan ganas de patear y de ensuciar las paredes impecables, que el pintor ha logrado a su paso.

Hace lo que la edad le dicta: esconde la cara con algunas pecas nacientes y llora, frente a él, para que se entere, para que pague un poco. El pintor se asusta y llama a la madre a gritos, pero nadie está cerca para responder, así que la abraza, la esconde completa en sus manos largas que huelen a pintura azul clara. Le pregunta por qué llora, por qué llora tanto, por qué sufre un ángel como ella, si todo está bien, según él.

Levanta la cara en un tiempo que se define en cuatro cuadros de una misma escena en movimiento. No se apresura, acentúa los cortes para dilatar el momento: antes de ir a los ojos, va al geranio, luego a los ojos, para buscar después el azul laguna de la pared. Por fin, cae en su mirada negra o café, una mirada de hombre que ya tenía el marco concreto de cierta agonía y felicidad. El pintor tiene la paciencia para ir la soltando de sus manos, para ir la sujetando de los brazos, hasta lograr que la cara le quede a la vista. Despeja un poco los ojos de esas hebras de cabello, mojadas por las lágrimas.

—¿Quiere ser mi novio? —le pregunta por fin, la niña de nueve años.

El pintor se ha reído y ha contestado con cautela. Ha pensado bien sus frases, ha de ser un pintor que sabe algo de psicología y tiene miedo de ir a traumatizar a una niña que se ha enamorado de él.

Ha reído incrédulo o ha reído del absurdo, no lo supo ahí mismo, con esos nueve años frente a él.

Contestó sopesando cada una de las palabras de aquel primer diálogo de amor y luego la vio irse corriendo a todo galope, huyendo de la respuesta que quebraba la armonía de esas horas de goce.

Mientras escuchaba esa respuesta vio la pupila del pintor parpadear como si tuviera vida propia y quisiera no ser parte de esa respuesta. Respondió que las niñas pequeñas no tienen novio y que si lo tienen, se consiguen uno igualito a ellas, de más o menos nueve años. Pero le pareció más apropiado insistir en que las niñas de nueve años no tienen

novio. Y mientras terminaba de decirlo la niña se le escapó del ceñimiento de sus manos, molesta, muy enojada.

Y no volvió a mirarlo nunca más, durante los tres días que siguieron, en los que el pintor terminó de convertir aquella casa en un atardecer limpio, azul.